

## Retórica ciceroniana: arte de vida\*

Bulmaro REYES CORIA

ABSTRACT. Given the Ciceronian definition of Rhetoric, it may be concluded that Rhetoric is as useful for good purposes as for evil ones. Thus, Rhetoric is not merely a theory of language, or a set of teachings for persuasion by means of speech; it teaches us also how to make our way in the world, and how to live honestly.

Ya desde los antiguos mismos se daba una “amarga e improductiva”<sup>1</sup> discusión en torno a la retórica: unos la llamaban *habilidad*; otros, *arte*; algunos, *ciencia*; otros, simple *instinto*. Cicerón no muestra mayor interés en dar un nombre determinado que explique la naturaleza de lo que él trata como *elocuencia*, y los demás, como *retórica*;<sup>2</sup> en el *De inventione*, con la excusa de diferir las razones que explicaran esta arte, ya que necesitaría de muchas palabras y las tales razones poco tienen que ver con ella,<sup>3</sup> simplemente llama *cosa* a eso, sea arte o estudio o cierta ejercitación o facultad natural,<sup>4</sup> aunque, al definirla, le dice más categóricamente *elocuencia artificiosa*, la cual forma “parte grande y amplia de cierta ciencia civil”, que tiene por oficio decir adecuadamente para persua-

\* Este artículo forma parte de la tesis doctoral, sobre el *De inventione* de Cicerón, que presenté en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional Autónoma de México), en 1994.

<sup>1</sup> Cfr. Volkman, R., *Die Rhetorik der Griechen und Römer in systematischer Übersicht*, Hildesheim, Georg Olms, 1963 (1985), p. 3.

<sup>2</sup> *Inv.*, I,6.

<sup>3</sup> *Inv.*, I,9.

<sup>4</sup> *Inv.*, I,2.

dir, y por finalidad, persuadir mediante la dicción,<sup>5</sup> sin olvidar que puede ser tanto un bien como un mal.<sup>6</sup>

El peligro de que la retórica sea un mal, dice Cicerón, nace por falta de sabiduría,<sup>7</sup> y esta idea de considerar la sabiduría como el fundamento no sólo de la retórica sino aun de la vida, permanecerá inmutable, válgase la redundancia, durante toda su vida. En el *Orator*,<sup>8</sup> por ejemplo, enseña que nada es más difícil que discernir qué es lo decoroso, o conveniente, en la vida. Ignorar esta cuestión del decoro, o conveniencia, llevaría al hombre a cometer errores no sólo en la vida, sino también en la poesía y en la oratoria. Todo lo que se dice en un discurso, en efecto, está íntimamente relacionado tanto con las personas que dicen y con las que escuchan, como con todas las circunstancias que las rodean. De hecho, hay que discernir entre unos y otros, y entre las circunstancias de uno y las de otro. No todo honor, no toda fortuna, no toda autoridad, no todas las épocas, ni lugar ni tiempo, debe tratarse con el mismo género de palabras o de sentimientos, pero siempre en cada parte del discurso, así como en cada parte de vida, hay que considerar, pues, qué es lo decoroso.

A menudo ha sucedido que elocuentes audaces, carentes de otro tipo de conocimientos, y enemigos de la verdad, han dado la impresión de ser superiores y de ser capaces para dirigir los asuntos públicos; pero siempre, en cambio, los han trastornado.<sup>9</sup> Es obvio, pues, que, salva la polémica de que esta obra, el *De inventione*, sea expresión del pensamiento ciceroniano y no simple toma de dictado de su profesor de retórica, Cicerón, o en todo caso los maestros de retórica de entonces, no solamente distinguían entre el sentido teórico y el práctico de esa arte,<sup>10</sup> sino que en general más les preocu-

<sup>5</sup> *Inv.*, I,6.

<sup>6</sup> *Inv.*, I,1 y 4.

<sup>7</sup> *Inv.*, I,1, y 3: *eloquentia sine sapientia, inops dicendi sapientia, sine ratione officii dicendi copia*. Cfr., además, *Pl.*, *Phdr.*, 269, D.

<sup>8</sup> *Or.*, 70ss.

<sup>9</sup> *Inv.*, I,4.

<sup>10</sup> *Inv.*, I,8: *quibus in rebus summa ingenia philosophorum plurimo cum labore*

paba su realidad práctica, y, de manera especial, que se empleara en causas justas, a fin de debilitar el poder de los malos; en suma, pues, la consideraba protección de la república,<sup>11</sup> haciendo girar la argumentación retórica en torno de cuatro circunstancias de la vida: la seguridad, la honestidad, la brillantez y la jocundidad:

Por lo cual, a juicio mío por cierto, sin embargo, hay que estudiar la elocuencia, aunque algunos abusan de ella tanto en privado como en público; pero ciertamente con más ahínco por esto: porque los malos no puedan mucho más con gran detrimento de los buenos y ruina común de todos, en especial cuando esto es lo único que máximamente concierne a todas las cosas, las públicas y las privadas: por esto se hace segura la vida; por esto, honrosa; por esto, brillante; por esto mismo, jocunda.<sup>12</sup>

En la consecución de estas cuatro cosas (la seguridad, la honestidad, la brillantez y la jocundidad) termina la función de todo razonamiento, pues ellas solas son bastantes para alcanzar la felicidad en la vida tanto de los individuos como de las naciones.

Al lado de toda definición, desde el *Gorgias* de Platón mismo, se percibe la idea de que el orador debe ser hombre justo; que debe emplear la elocuencia en causas justas, y, lo cual es más valioso, al hacer las divisiones o las reducciones propias de los discursos, desde luego basadas en la dialéctica, puede adquirir la aptitud de pensar y de hablar.<sup>13</sup>

Esa doble percepción, de carácter moral y de carácter dialéctico, nos hace volver constantemente la atención al pensamiento ciceroniano de que las normas de hacer discursos “valen no solamente para hablar bien sino para vivir hon-

*consumpta intellegimus, eas sicut aliquas parvas res oratori adtribuere magna amentia videtur.*

<sup>11</sup> *Inv.* I,5: *rei publicae praesidio esset.*

<sup>12</sup> *Inv.*, I,5.

<sup>13</sup> *Pl.*, *Phdr.*, 266,B: τῶν διαίρέσεων καὶ συναγωγῶν, ἵν' οἷός τε ᾧ λέγειν τε καὶ φρονεῖν.

rosamente”,<sup>14</sup> idea que se muestra más ampliamente detallada en la introducción al *De inventione*, donde, en efecto, aparece una verdadera inquietud civil porque el poder de la palabra se use correctamente; Cicerón sabía bien que en la misma forma en que la elocuencia podía fundar ciudades, extinguir guerras o fincar inviolables amistades, así también, a causa de la codicia, la audacia y la avaricia, provocaba calamidades y daños entre los hombres.<sup>15</sup>

Esa lucha por la vida, que se refleja en el particular deseo de perfeccionar el uso de la palabra, puede ganarse mediante preceptos,<sup>16</sup> siempre y cuando no se pierdan de vista ni el axioma *Non ad bene dicendum solum sed etiam ad honeste vivendum valent*, referente a las razones de la elocuencia, ni la enseñanza tocante a la seguridad, honestidad, brillo y jocosidad de la vida, aun cuando pueda haber quienes, a ejemplo de Ulises en el *Filoctetes* de Sófocles, abusen o recomienden abusar de aquel poder de la palabra, superior al de las obras mismas, al cual se refería el propio Ulises cuando en la isla de Lemnos buscaba las armas de Hércules, valiéndose de Neoptólemo: le aconsejaba mentir o engañar con razonamientos a Filoctetes, a fin de ganarle el alma, aun contra los principios morales que lo adornaban en virtud de su educación y linaje.

<sup>14</sup> *Part. or.*, XXI,70: *non ad bene dicendum solum sed etiam ad honeste vivendum valent*. Cesare Bione (*I più antichi trattati di arte retorica in lingua latina. In torno alla Rhetorica ad Herenium e al trattato ciceroniano De inventione*, ed. anastatica, “L’Erma” di Bretschneider, Roma, 1965, *Studia Philologica*) observa que la retórica no se explica sólo directa y ampliamente en todas las ramas de la literatura, sino que tenía relaciones muy estrechas con toda la educación civil de los jóvenes. Chaignet también enseña que la elocuencia no es arte de lujo, como la poesía y la música, sino arte de servicio: “no debe tender única y especialmente a encantar y complacer; es un instrumento de acción en la vida social, y la acción de un hombre en la vida humana no puede tener como objetivo sino el bien de la sociedad donde él vive, y de aquellos que viven en esta sociedad. Según eso, el bien de la sociedad es el orden, la justicia, la templanza, la piedad, el valor, en una palabra, la virtud” (*La rhétorique et son histoire*, Frankfurt/Main, Minerva GMBH, 1982; Paris, 1888, *Unveränderter Nachdruck der ausgabe*, p. 52).

<sup>15</sup> *Inv.*, I,1 y 32.

<sup>16</sup> *Inv.*, I,5.

Tal motor psicagógico –o técnica de guiar almas mediante razonamientos tanto en lugares públicos como privados, que se ocupa en cosas grandes o pequeñas, siempre que sean justas–<sup>17</sup> puede mover hacia el bien o hacia el mal, dado que es como un cuerpo viviente, con cabeza, con partes medias y con extremidades,<sup>18</sup> y, al mismo tiempo, proporcionar alabanza, honor y dignidad al hombre que lo hace con sabiduría<sup>19</sup>.

Ahora bien, de acuerdo con la definición aristotélica adoptada por Cicerón,<sup>20</sup> el arte retórica y la facultad del orador versan en una materia tripartita: demostración, deliberación y juicio. Del contenido de esta materia se extraen los elementos que el hombre necesita para ser seguro, honroso, brillante y jocundo, lo cual pudiera dar lugar a pensar que la retórica, antes que a hablar en público, enseñaba a vivir en cierta forma, y a tener por válido el trillado conocimiento de que en la vida normalmente se dice lo que se es, o, a pesar de que parezca lo mismo, se es lo que se dice, con lo cual no por fuerza se implica que el hombre sea producto exclusivo de su lengua, o ésta de aquél, sino, más bien, que ambos en conjunto y en particular son resultado de algún tipo de educación, pero con poderosa influencia recíproca: si se viviera honrosamente, sería posible hablar bien; si se aprendiera el arte de hablar bien, sería posible vivir mejor. Dice aquél:

el que se arma con la elocuencia, de modo que pueda no combatir las conveniencias de la patria, sino pelear en favor de ellas, ése me parece que habrá de ser un hombre utilísimo para razones tanto suyas como públicas, y amiguísimo ciudadano.<sup>21</sup>

En la vida cotidiana, todos alguna vez hemos acusado a otros o nos hemos defendido a nosotros mismos, y siempre lo

<sup>17</sup> Pl., *Phdr.*, 261,A-B.

<sup>18</sup> Pl., *Phdr.*, 264,C: δεῖν πάντα λόγον ὡς περ ζῶν συνεστάναι σώμα τι ἔχοντα αὐτὸν αὐτοῦ, ὥστε μήτε ἀκέφαλον εἶναι μήτε ἄπουν, ἀλλὰ μέσα τε ἔχειν καὶ ἄκρα.

<sup>19</sup> *Inv.*, I,5.

<sup>20</sup> *Inv.*, I,7.

<sup>21</sup> *Inv.*, I,1.

hemos hecho con la esperanza de la victoria, aunque, curiosamente, también suela haber acusadores que al mismo tiempo son los responsables de la fechoría en cuestión; esto último ocurrió con aquel discurso que aún resuena con marciales notas ante el perpetuo tribunal de los amantes, donde Píramo se culpa y acusa a sí mismo de la muerte de Tisbe:<sup>22</sup> “yo te aniquilé, miseranda [...] Destrozad nuestro cuerpo / y las criminales vísceras tragad con fiero mordisco, / [...] leones”. Comoquiera, en la fórmula de la defensa o de la acusación se halla implícito un modo de acción: obrar correctamente en el más amplio sentido de la palabra, obrar de acuerdo con el derecho. Así, si Píramo hubiera obrado prudentemente, es decir con previsión, y hubiera llegado oportunamente a la cita (“y no vine aquí el primero”), no le habría cabido suponer la muerte de Tisbe, ni ella equivocadamente se habría quitado la vida. En otro ejemplo, tampoco Orestes sería acusado de matricidio, si hubiera permitido que fuera la ley la que castigara a su madre, quedando fuera de lugar desde luego toda la discusión del conflicto.

La relación tan estrecha que se da entre orador y oyente, no implica una mera casualidad de coincidencias anímicas, o, en el mejor de los casos, una idónea predisposición del oyente por parte del orador, como sería la momentánea inyección de benevolencia, atención o docilidad en éste, sino que exige del orador una conducta ostensiblemente buena. De hecho, se ha observado que las causas así llamadas *honestas* no necesitan de exordio, porque se presume que el oyente confía de modo pleno en la persona del orador, y, por lo tanto, no necesita de su discurso; en cambio, otras exigen una comunicación más elaborada con diferentes dosis de penetración anímica, pues los oyentes pueden estar airados o ser despectivos, o simplemente mostrarse llenos de duda hacia la causa.

<sup>22</sup> Cfr. Ov., *Met.*, IV,110ss. Las traducciones son de Rubén Bonifaz Nuño (Publio Ovidio Nasón, *Metamorfosis*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1979.

Así, para resolver el problema de modificar, de mover, el ánimo del oyente, en la teoría del exordio<sup>23</sup> la retórica enseña claramente cómo alcanzar la benevolencia, la docilidad y la atención del oyente. En esa doctrina queda implícito que el orador debía aprender, entre otras virtudes, a no ser arrogante de sus propios actos y oficios; a ser de tal modo honesto, que nunca se le imputaran deshonestidades; a evitar las acciones sucias, soberbias, crueles o maliciosas, y el uso arrogante e intolerable de su fuerza, poder, riquezas, parentesco o dinero.

No podía ser inepto, negligente, ignorante, desidioso o lujurioso. En fin, le era preciso ser hombre religioso, buen ciudadano, amante, respetuoso de la autoridad, juicioso, valiente, firme, sabio, apacible, jocundo<sup>24</sup>. Es decir, Cicerón se refiere al hombre virtuoso, honesto, bueno, a aquel hombre que, en breve, es prudente, justo, fuerte, temperado. Prudente, porque guarda en la memoria, reconoce y prevé las cosas buenas y las cosas malas y las neutras. Justo, porque, ya por naturaleza ya por costumbre, preserva la utilidad común, y da a cada quien la dignidad que le corresponde, bien a través de la religión, de la piedad, de la gratitud, de la vindicación, del respeto, de la verdad, bien a través de algún pacto, de algún juicio, o de la equidad. Fuerte, porque acepta peligros y tolera trabajos, lo cual se manifiesta en la magnificencia de su pensamiento y en la ejecución de grandes y excelsas obras, así como en la confianza que su seguridad y su esperanza en cosas ciertas inspiran, y en la paciencia, es decir, en la voluntaria tolerancia de lo arduo y difícil en beneficio de la honestidad y la utilidad. Temperado, finalmente, porque tiene dominio firme y moderado de la razón ante la libido y ante otros arrebatos del alma no rectos.

Todo, en el entendido de que cualquiera podía eventualmente ser orador, causa o juez. Pienso que a partir de tal manera de vivir, el discurso no resultaría forzado, sino natural, porque así se lograría fácilmente

<sup>23</sup> *Inv.*, I,20-26.

<sup>24</sup> *Inv.*, I,25 y 27.

aquello que de modo máximo recomienda al orador ante el oyente; y contener lo mínimo de esplendor y de festividad y de ornamento, porque de estas cosas nace alguna sospecha de preparación y de artificiosa diligencia, la cual máximamente quita confianza al discurso y autoridad al orador [...] porque el ánimo del oyente debe ser retenido por las cosas mismas y por las partes de la causa, no por palabras ni por extraños ornamentos.<sup>25</sup>

En otras palabras, ésta es la doctrina platónico-socrática del *Gorgias* llevada a un término medio. Para el utópico de Sócrates, no hay más que vivir honradamente; de lo contrario, quien comete injusticia debe sufrir el castigo merecido, pues éste es el único medio para limpiar realmente el alma, y por ello no han de existir los oradores.

Cicerón, en cambio, como Aristóteles, ve llena de injusticias la realidad cotidiana, no sólo la histórica sino aun la de su época; un mundo en que, contra el deber socrático, se peca, y donde, por lo tanto, el poder de la palabra es definitivo para quienes buscan el bien y para quienes viven del mal. Según el estagirita, en todo caso, el problema no acaba en la aceptación del castigo por parte del que haya errado, ni en la vida virtuosa del orador, sino en los oyentes, pues éstos a menudo son malvados, y su sentencia no siempre habrá de ser la correcta; por esto, el orador hombre bueno se vuelve necesario, ya que éste adquiere la capacidad de emplear aun los argumentos contrarios en contra de los que pretendan persuadir hacia el mal.

En este mundo práctico ciceroniano, oyente y orador son sujetos de virtud o de vicio. Con los oyentes hay que tener paciencia: éstos no son objeto activo de la retórica; son pasivos: sólo deben ser conocidos y tratados por el orador, lo cual lleva su tiempo y estudio; pero a ellos no se les exige que vivan de una u otra manera. En cambio, el orador tiene la obligación de ser un hombre bueno, cuyas virtudes lo recomiendan ante el oyente, porque el ánimo de éste se cautiva no

<sup>25</sup> *Inv.*, I,25.

por palabras ni por extraños ornamentos, sino por la autoridad del que habla, “por las cosas mismas y por las partes de la causa”.

El esplendor, la festividad, los ornamentos en las palabras, provocan sospecha y quitan confianza al discurso y autoridad al orador. Así, éste se debe aplicar al estudio del arte retórica no sólo para hablar bien, sino también para vivir honrosamente, y su honestidad, en última instancia, será lo que suministre a sus palabras todo el poder de la persuasión.

